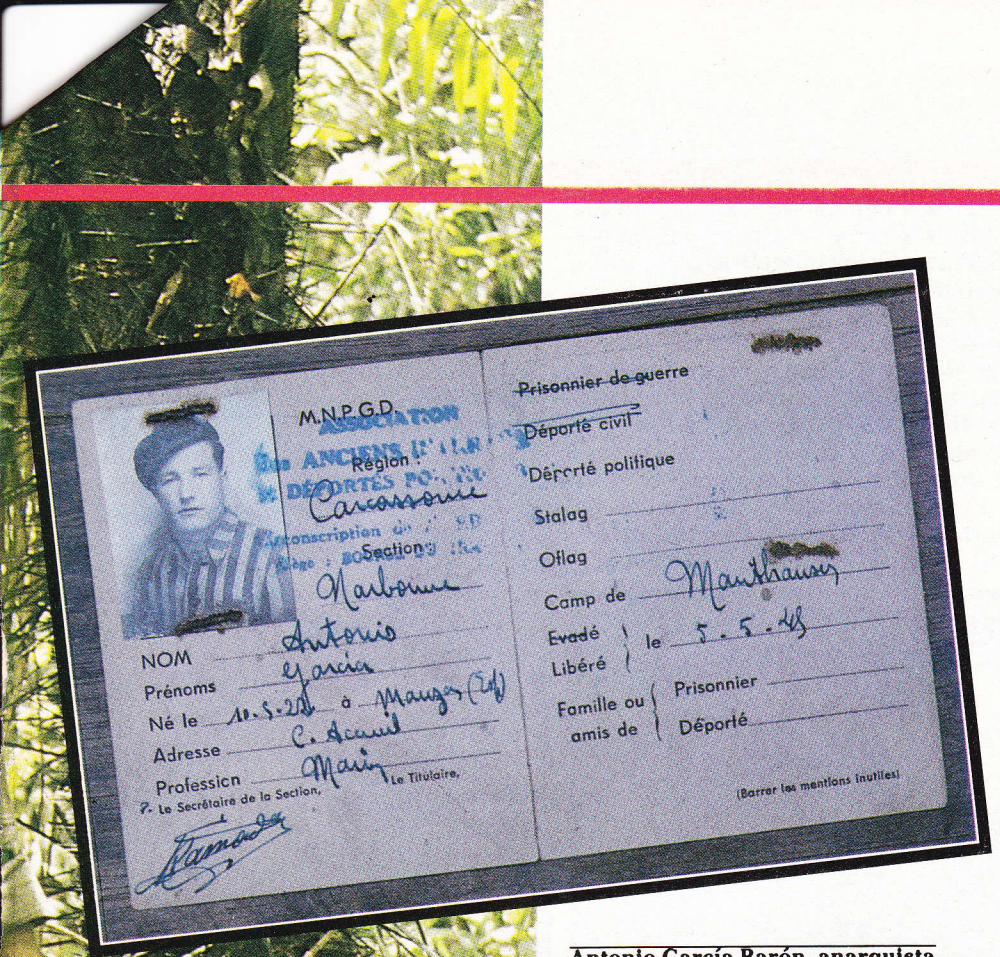
"YA" 23.11.86
DOMINICAL

Luchó junto a Durruti en la guerra civil española. Huido a Francia, defendió la línea Maginot junto al ejército francés. Apresado por los nazis, fue deportado a Mathausen, y, cinco años después, fue liberado, aún no se explica por qué, por las tropas aliadas. Colaboró durante algún tiempo con el maquis y trabajó como ingeniero en París, pero, para él, la libertad no estaba en Europa. Antonio García Barón, «El Español», la encontró en el Alto Amazonas.

POR FIN, LIBRE

ANTONIO CALVO ROY



Antonio García Barón, anarquista de toda la vida y uno de los pocos españoles que sobrevivieron a los horrores de Mathausen, cree que la libertad por la que tanto luchó está en «su» selva. A la izquierda, «El Español», con su fusil. Arriba, el carné que le acredita como antiguo combatiente deportado a Mathausen

«Durruti era un hombre completo. Más hombre y más bueno no se puede pedir.» Quizá por eso y porque había nacido en Monzón (Huesca), en el año 1922, Antonio se alistó en la columna y vivió las comunas que florecieron en Aragón durante la guerra civil. «¿Cruel? No, que va; era un hombre muy abierto. Si robaba era para dárselo a los pobres. Nunca utilizó ni una peseta de las que robó en los bancos.»

Antonio García salió de España montado en un carro de dinamita. Vivió en los campos de refugiados que los franceses habían instalado para los exiliados españoles. «Nos trataban peor que a perros. Sin comida y amontonados en barrizales. En esa época Francia se portó muy mal con nosotros. Después de la guerra ya fue otra cosa.» Mientras cavaba las trincheras de la línea Maginot, se reía de los ingenieros franceses y llegó hasta el Alto Estado Mayor para contar sus experiencias en España y la forma en que había que combatir a los alemanes. La línea aguantó poco y el 6 de agosto de 1940 ingresaba en Mathausen.

En Mathausen Antonio llevaba el distintivo azul de los apátridas. Los judíos, amarillo; los políticos, el rojo. «Cuando veía que entraban judíos les decía que lo mejor que podían hacer era tirarse contra la valla electrificada. Así morirían en pocos segundos, sin soportar la vida en el campo. Yo prefería decirles que no tenían ninguna oportunidad de salir vivos y que cada uno lo afrontase como quisiera. Muchos me hacían caso. Mathausen era el campo número uno.»

Antonio habla sin parar. La entrevista se prolonga. Desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche. Las historias del campo de concentración ponen los pelos de punta. En mitad de la selva del Alto Amazonas, cuarenta años después, al hilo de su conversación y mirando sus ojos azules, hundidos y brillantes, uno puede imaginarse perfectamente a los SS obligando a los judíos a pelearse entre ellos al borde de una cantera: «Les decían que la mitad, los que quedaran arriba, saldrían en libertad. Yo les veía desde abajo, mientras picaba en la cantera. Obligaban a pelearse a los amigos, a los familiares. Algunos de los que caían se agarraban a los arbustos que había en el cortado. Desde abajo pensaban que cuánto durarían. Nadie ha escrito jamás la agonía de esos hombres, sus pensamientos. No ha habido ningún escritor capaz de reflejar los pensamientos de estos hombres que se escurrían poco a poco de las ramas.»

Antonio lo cuenta de una forma especial. Como quien ha visto muchas barbaridades para asombrarse. «La guerra no conduce a nada bueno. El bien sería que no hubiera ni armas ni guerras.» Cinco años en el campo parecen una eternidad. Pero Antonio sabía que iba a salir con vida porque una vez le dejaron escribir una carta a su casa y su madre le respondió diciendo que una vidente de su pueblo le había dicho que él saldría vivo de allí. «De los cuarenta españoles que entramos sólo salimos cuatro con vida. Supongo que debo de ser el único vivo, aunque había uno, de Santander, que también era joven. Una vez fui amortajado. De pronto tenía cuarenta y dos grados de temperatura, aunque yo me encontraba perfectamente. Me ingresaron en el hospital y yo estaba de broma con los compañeros. Poco a ▷

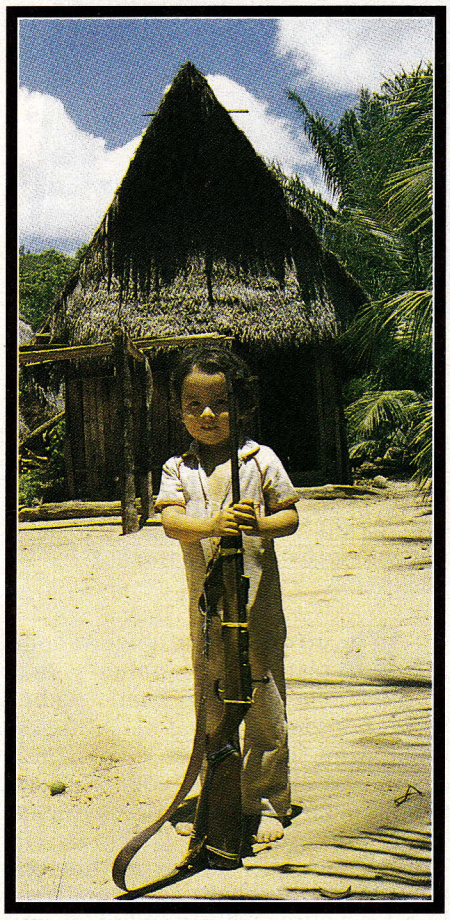
poco notaba cómo se me apagaba la vida, aunque mantenía una lucidez total. De pronto se acercaron y, aunque los oía perfectamente, no podía mover un músculo, ni pestañear. Pensaron que estaba muerto. Vi una boca enorme delante de mí, que se acercaba hasta treinta o cuarenta metros. Con un cerebro diferente, con otra cualidad, veía un campo sembrado de colores bonitos y débiles. Después regresé poco a poco.» Un ruso al que había salvado la vida robó del cajón del capitán alemán una pastilla de piramidón. Aun creyéndole muerto, se la metió en la boca y Antonio volvió a la consciencia. «Yo oía al ruso perfectamente mientras me ponía un espejo para el vaho o una cerilla. Luego me dijo que él había estado callado.»

El regreso a Francia

Salió de Mathausen el 5 de mayo de 1945. «A Francia volvimos setenta y cinco. Entonces sí que nos trataron bien. De Gaulle sabía que los españoles habíamos peleado mucho contra los nazis y nos protegía. El gobierno socialista de Leon Blum nos trató a palos, pero después todo cambió.» Antonio salió de Mathausen muy delgado y con la espina dorsal rota. «Fue en una paliza. Nadie aguantaba más de veinticinco golpes sin desmayarse, pero a mí, del primero, me rompieron la columna vertebral, entre la quinta y la sexta vértebras. En Francia los médicos me hicieron radiografías y no se explican cómo podía andar con la espalda rota. Me dejaron indoloro y aguanté ciento cincuenta golpes, y después había que dar las gracias al verdugo. Me dejaron sin nalgas; toda la carne es nueva. Nadie sabe lo fuerte que es la naturaleza humana.»

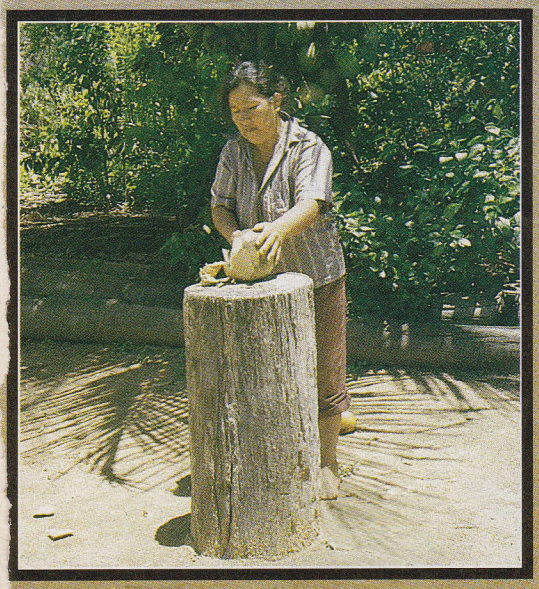
En el camino hasta Francia asaltó un banco alemán. «Pero el dinero no me duró nada; lo repartía con la gente. Hay uno que aún debe tener zapatos de los que compramos con aquel dinero.» Ya en Francia formó parte de la dirección de la Federación de Deportados, una agrupación que contaba con siete millones de afiliados. «Con nuestro carnet no teníamos que hacer ninguna cola y utilizábamos gratis todos los transportes franceses.» Tuvo contactos con el maquis y llegó a entrar en España. «Esperaban a Franco en la estación de trenes de Barcelona.» Antonio lo cuenta en tercera persona, pero el brillo de sus ojos pequeños se acentúa un poco más. «Pero pasó algo con las agujas a la entrada de la estación y se demoró media hora. Entonces los descubrieron y, nadie supo cómo, un coche diplomático salía esa misma mañana para Francia. Se desencadenó la represión, pese a que dijimos que ya estaban fuera de España y que allí nadie sabía nada. Asesinaron al gobernador militar y a su sustituto para que soltaran a la gente. Al final pararon la mano.»

Pero a Antonio, el amigo íntimo de Durruti, la vida de París no le gustaba. Allí trabajó como ingeniero en la Pathé Marconi y viajó mucho. Del campo alemán se trajo una colección de fotos que son las que ahora circulan por el mundo. «Pero no diga cómo las saqué; no quiero pleitos. Se las entregué a un periodista, pero no dejé que diera mi nombre. Solamente que se las había dado un joven español.» Hay algunos temas de los que Antonio no quiere hablar. Se ríe y calla. Es un hombre jovial al que todavía persiguen algunos fantasmas. «No, de eso no voy a hablar; no quiero líos. Hace ya mucho tiempo y son cosas que podrían molestar a mucha gente.»



En 1951 tomó la decisión de irse de Francia. Lo había pensado mucho tiempo antes, «quizá en Mathausen», y primero trató de viajar a Canadá, pero allí no admitían refugiados y él no tenía nacionalidad ni pasaporte. Después, a Brasil y a Australia, pero tampoco le admitían. Era amigo del cónsul boliviano, donde sí admitían republicanos, y se vino para Bolivia con la promesa de dar un empujón a la industria discográfica del país. Antes pasó un mes por Buenos Aires, pero era demasiado parecido a París. Vivió en La Paz cinco meses, enseñando a los trabajadores bolivianos. Entonces le hablaron de Rurenabaque, al norte del país y en plena selva del Alto Amazonas. En su pasaporte, concedido por las autoridades francesas, se puede leer, donde dice nacionalidad: «de origen español».

En Rurenabaque vivió cerca de un año. Entonces encontró, río arriba, el lugar que a partir de entonces sería su casa y de donde no ha vuelto a salir. A seis horas de canoa, a la orilla del Quiquibey, construyó una casa de suelo de tierra y paredes de madera. Vive con una india de Rurenabaque, con quien ha tenido cinco hijos, la mayor de las cuales se ha casado recientemente con otro descendiente de españoles y vive en el pueblo. Se dedica a cazar y a pescar y tiene plantaciones de bananos, de yuca, arroz, maní, maíz y todos aquellos productos que la generosa tierra ofrece en abundancia. Allí, en la provincia del Beni, las tierras son de quien las cosecha. La selva no tiene dueño, aunque quien trabaja una parcela puede registrarla a su nombre legalmente. Antonio nun-



Imágenes de la vida cotidiana de «El Español». De izquierda a derecha, el pequeño Marco Antonio, de cuatro años; su hermana, de siete; la madre, Irma; y las chozas donde transcurre la vida de la familia de Antonio García, sobre una perspectiva del río Quinquibey, situado en el Alto Amazonas

ca ha querido hacer los papeles. Tampoco tiene pasaporte o algún documento de identidad. «Aquí vives tranquilo.» Siempre está dispuesto a acoger visitantes, mejor sin son españoles. Pero los que más llegan hasta su casa son jóvenes israelíes que viajan con mochila por Suramérica. El los enseña a cazar en la selva y a pescar en el río.

En el pueblo de Rurenabaque, donde va de vez en cuando para vender algo, o comprar pólvora para los cartuchos que él mismo fabrica, o pilas para la radio, que escucha constantemente, le conocen como «el Español» y es un personaje muy querido. A orilla del río Beni (afluente del Mamoré, a su vez uno de los más importantes afluentes del Amazonas), la pequeña ciudad de dos mil habitantes y calles de tierra, Rurenabaque, es testigo de la vida de este robinsón español. Hace seis meses, Antonio bajó muy deprisa y con un brazo en alto. Una trampa para cazar jaguares, una escopeta con el gatillo atado por un hilo a un trozo de carne, se le disparó a bocajarro, destrozándole la mano. Ahora el brazo derecho termina en un muñón a la altura de la muñeca. «Una tontería —cuenta con el mismo sentido del humor y con una sorprendente presencia de ánimo—, algo que hacía todos los días y no sé cómo se me llevó la mano. Puse el brazo en alto para no desangrarme y bajamos con mi mujer donde un amigo que tiene un fuera borda. En el pueblo esperé dos horas al médico, que nunca había hecho una operación así. No tenían anestesia total, así que me pusieron local. Querían mandarme a La Paz, pero tengo doble tensión y la altura podía ser fatal. Así que le fui diciendo por dónde tenía que cortar, porque yo he despedazado muchos animales.»

Antonio, sin embargo, sigue saliendo de caza y cultivando sus plantacio- ▷

nes. Con Irma, su mujer, se lleva maravillosamente. Es de resaltar el tremendo cariño con el que se tratan, la ternura. Tienen cinco hijos, las cuatro mayores, guapísimas, de veinte, catorce, diez y siete años, y un chaval, Marco Antonio, de cuatro, y que ya pesca con arpón en las aguas del Quiquibey. Además adoptaron dos chimanes, los indios autóctonos, a quienes sus padres habían abandonado en una playa. «Al chico me lo envenenaron hace cinco años.» Y de esto tampoco habla más. La chica, que tiene unos veinte años, aunque no lo saben con certeza, vive con ellos y no quiere volver con su familia. Incluso sus padres, que aparecieron al cabo de los años, prefieren que esté con ellos, «porque al menos come todos los días».

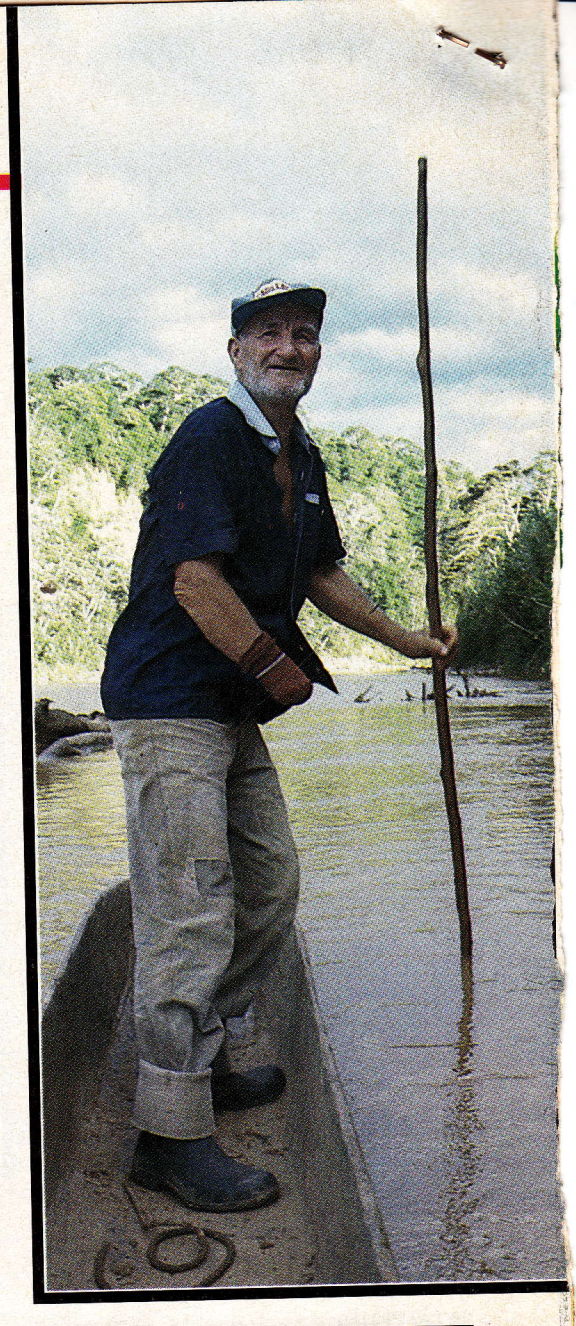
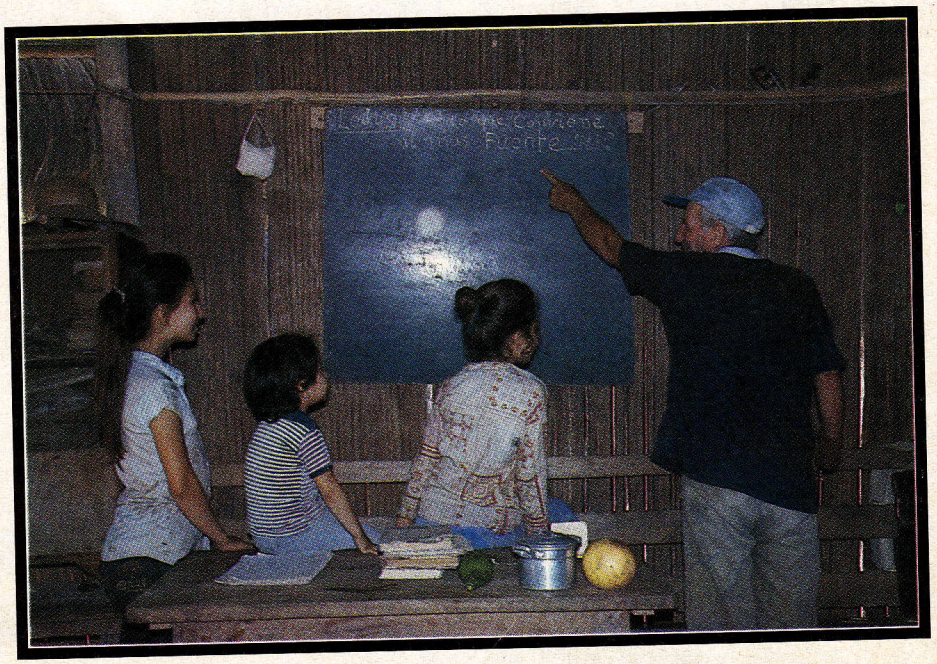
En la casa que habitan hay una pizarra en la que Antonio, con ayuda de viejos libros de texto, enseña a sus hijos a leer y a escribir. En la pizarra está siempre escrito, arriba del todo, «Lo justo es lo que conviene al más fuerte. Platón.» «Desde que se dijo esta frase han pasado veinticinco siglos en balde», apunta Antonio.

«El Español» escucha diariamente las radios internacionales. «Para saber lo que pasa en Alemania hay que oír Radio Moscú y para saber de la otra Alemania la Voz de América. Francia informa mucho de Estados Unidos, nunca se han llevado bien.» Está enterado de todo lo que ocurre en el mundo y lo analiza desde sus concepciones anarquistas y después de haber vivido mucho.

«Sí, quizá me gustaría volver a España. Tendría más comodidades, más dinero, pero perdería mi libertad. He vivido mucho entre rejas y en la ciudad hay cosas, cazar o pescar, que no se pueden hacer. Aquí uno lo hace sin miedo.» Su opinión de la España de hoy es que está mejor que antes, «pero no hay suficiente libertad para decir todo lo que uno piensa o todo lo que uno sabe». «Por el momento estimo más al Rey que a cualquier presidente. Es más hombre. Yo no soy ni republicano ni monárquico, soy un hombre. Es posible que el Rey esté tan en contra de la OTAN como del Pacto de Varsovia. No es amigo de alabanzas y eso es buena señal. Por ejemplo, celebra su cumpleaños en su casa, con su familia.»

Antonio García Barón, «El Español», vive preocupado del mundo, pero fuera de él. «Los hombres deberían tener más conciencia. Si asesinan a un general en cualquier sitio se arma un gran escándalo; sin embargo, mueren muchos centroamericanos y no pasa nada. No creo en las derechas o las izquierdas, hay buenos y malos en todas partes. Hay que enseñar a los niños, a los mayores ya no se puede, hay que enseñarles la forma de vivir. La religión católica es excelente, como todas, lo malo son los religiosos. Arrupe, con quien hablé mucho en Francia, era un hombre inteligente.»

Desde la mañana hasta la noche, Antonio no para de hablar. No tiene demasiadas oportunidades de conversar con españoles. Se interesa por todo, desde el referéndum de la OTAN hasta los viajes del Presidente, y de todo sabe. Conoce nombres y hechos, pero no es rencoroso. «Aquí me he encontrado con nazis, pero les ha dado la mano. Alguno de ellos me ha ofrecido dedicarme al narcotráfico, pero yo no consiento. Eso, aquí, es mucho dinero y muy fácil, pero soy tonto y burro y no quiero.» «Yo fui al frente, en España y en Europa, por una idea. Hoy día esa idea no sirve para nada, todo está degenerado. Sólo se vive para ganar más y más dinero.»



Antonio, que perdió la mano derecha porque se le disparó la escopeta, se dedica a cazar, a pescar y a recoger lo que le ofrece la tierra, y es él mismo quien enseña a sus hijos a leer y escribir